

Flora, tierra y sacralidad en México

El hombre, a través del tiempo, ha asumido dos situaciones existenciales, dos maneras de vivir en el mundo: lo sagrado y lo profano. La primera forma se refiere al hombre religioso, a quien por medio de la hierofanía (del griego *hieros* = sagrado y *phainomani* = manifestarse) se le muestra lo sagrado. En otras palabras, para aquéllos que tienen una experiencia religiosa la naturaleza en su totalidad se puede revelar como sacralidad cósmica. El universo en su totalidad puede convertirse en una hierofanía.

Para el ser profano todo el orbe es homogéneo, natural, no existe en éste ninguna transformación sobrenatural. En cambio, para el ser devoto la naturaleza nunca es exclusivamente “natural”, siempre está cargada de un valor religioso, dado que el cosmos es una creación divina que ha salido de las manos de Dios, todo el mundo queda impregnado de su sacralidad.¹

En este contexto, el mundo vegetal nos brinda diferentes formas de lectura de acuerdo a la naturaleza, las propiedades reales y los atributos mágico-religiosos que cada sociedad confiere a las distintas especies que lo conforman. Las plantas son entidades bioculturales; constituyen elementos referenciales de la cultura al adquirir cualidades y recibir atributos en el marco del proceso de las relaciones humanas.

En las sociedades donde el orden institucional es considerado como un reflejo o manifestación directa de la estructura divina del cosmos, la concepción de que todo lo de “aquí abajo” tiene su equivalencia “allá arriba” constituye el eje rector de su existencia.² Los pobladores del México antiguo pertenecieron a este sistema de pensamiento. Al participar de este orden institucional, los hombres y todos los seres vivos

* Dirección de Etnohistoria, INAH.

¹ Mircea Eliade, *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, Labor, pp. 14-15, 87.

² Peter L. Berger, *El dosel sagrado. Elementos para una sociología de la religión*, Buenos Aires, Amorrortu, 1971, p. 49.

que los rodeaban eran partícipes de ese cosmos sagrado.

Las sociedades campesinas de nuestro país, herederas del rico legado cultural prehispánico, conservan un sistema de ideas y creencias profundamente vinculado con el entorno natural y sobrenatural. La tierra y las plantas, alimenticias y medicinales, principalmente, son consideradas como seres sagrados. La madre tierra es la creadora, la generadora de vida, en sus entrañas se transforman las semillas en los nuevos seres que forman el reino vegetal, la magna obra que nos brinda la naturaleza.

En este trabajo expondré algunos puntos que considero fundamentales en la religiosidad campesina contemporánea en México: la sacralidad que se le confiere a la tierra; los lugares considerados hierofánicos, las creencias relacionadas con estos sitios y algunas de las plantas que se usan en los rituales curativos y agrícolas. La idea central es mostrar como la tradición religiosa mesoamericana y la cristiana están presentes en el pensamiento y la vida de los agricultores mexicanos, principalmente los que habitan en el centro de nuestro país.

Los sitios hierofánicos o zonas liminales

Mesoamérica tiene entre las causas primordiales de su unidad histórica la generalización y el desarrollo del cultivo del maíz. Su cosmovisión se fue construyendo durante milenios en torno a la producción agrícola, los distintos pueblos tuvieron como común denominador la siembra de este grano, lo cual permitió que la cosmovisión y la religión fueran sus principales vehículos de comunicación. En ambos campos los principios fundamentales y la lógica básica radicaron en la actividad agrícola, por esta razón la cosmo-

visión tradicional es tan vigorosa en nuestros días.³

Esta gran área cultural ocupó un territorio con una amplia variedad de microclimas y una geografía accidentada. Cadenas montañosas que encierran dentro de sí valles profundos; en las cumbres de los cerros se engendran las nubes portadoras de lluvia que cubren los valles y las numerosas cañadas; las cuevas son otro rasgo topográfico común, que con frecuencia contienen fuentes de agua cristalina, que abarcan lagunas en su interior o dan acceso a ríos que corren por debajo de la tierra. Los pobladores creían que había una conexión por debajo de la tierra que unía las cuevas y las fuentes con el mar.⁴

Las grutas y las cuevas siempre han tenido un carácter divino, en la actualidad la cueva se considera la puerta de entrada al inframundo y el lugar de comunicación entre los hombres y los dioses. La tierra simbolizaba la creación, era el útero de la tierra de donde salieron dioses y humanos.⁵ Durán señala que Tláloc, dios de las lluvias, truenos y relámpagos, era reverenciado por todos los de la tierra en general, y el significado de su nombre es "camino debajo de la tierra" o "cueva larga".⁶ Esto indica que el dios acuático también estaba relacionado con la fertilidad de la tierra.

La geografía sagrada abarcaba todos estos lugares elegidos como sitios de culto, en ellos los habitantes del México antiguo hacían los rituales y las ofrendas a sus deidades para propiciar las lluvias abundantes y oportunas, obtener una

³ Alfredo López Austin, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, FCE, 1995, p. 16.

⁴ Johanna Broda, "Observación y cosmovisión en el mundo prehispánico", en *Arqueología Mexicana*, vol. 1, núm. 3, 1993, pp. 7-8.

⁵ Doris Heyden, "Lo sagrado en el paisaje", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XXIX, núm. I, 1983, p. 56.

⁶ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, t. II, México, Porrúa, 1984, pp. 81-83.

buena cosecha y alimentos suficientes para los largos periodos de sequía.

Estos conceptos siguen vigentes en los agricultores actuales como lo demuestran los testimonios etnográficos y como lo he podido constatar en el trabajo de campo, donde las áreas agrícolas, las cañadas donde residen seres divinos y los lugares donde crecen determinadas plantas, son considerados sitios hierofánicos a los que no se puede acceder sin el permiso de los seres que los habitan.

En San Andrés de la Cal, municipio de Tepoztlán, Morelos, asistí a la peregrinación que los mayordomos del pueblo hacen en el mes de mayo a siete cuevas de la región para llevar las ofrendas a los “espíritus del agua” y conjurar las lluvias. Antes de entrar fuimos sahumados con el humo de copal y algunos con el humo del cigarro, de manera que todos entráramos “purificados” y no ofendíáramos a los espíritus que moran en las cuevas. Después de depositar las ofrendas en el interior de cada gruta, permanecemos en silencio para no “espantar a los señores del agua”.

Una de las plantas que se usan para sahumar a las personas es el *yauhtli* o pericón, planta protectora contra “los malos aires”. Felipe Alvarado, de Amatlán, Morelos, me comentó: “cuando era chico, en mi pueblo acostumbraban quemar cruces de pericón secas para sahumar a las mujeres que iban a lavar al río o la barranca, antes de acercarse al niño y darle el pecho, para que ‘los aires no le hicieran daño’”.

Es común la creencia de que los hombres y mujeres que invaden los sitios habitados por “los aires” sin pedirles permiso, les causan una grave ofensa y provocan su enojo, lo cual ocasiona serias consecuencias en la salud de las personas transgresoras o de sus familiares, de ahí la necesidad de “limpiarlos” o “purificarlos” con el humo del pericón y con ello protegerlos de todo mal.⁷

⁷ Dora Sierra Carrillo, “El demonio anda suelto. El poder de la cruz de pericón”, en proceso de publicación.

Todos los rituales tienen como objetivo principal la comunicación del hombre con la divinidad, para establecer este contacto, las ceremonias deben realizarse en lugares y fechas específicos.

“Este mundo” y “el otro mundo” —el ámbito de la naturaleza y el de la sobrenaturaleza— son considerados en muchas religiones como espacios opuestos. El de los hombres es por definición “normal”, “temporal”, “profano”, “conocido”. El universo de los dioses, de lo sobrenatural, es “anormal”, “intemporal”, “sagrado” y “desconocido”. Estos ámbitos espacio-temporales están separados por un área fronteriza en la que se encuentran elementos de ambos mundos, el “sagrado” y el “profano”.⁸

En estas zonas fronterizas, llamadas zonas liminares, se llevan a cabo los actos de culto, los ritos y las ofrendas dirigidos a los dioses para solicitar los favores que los hombres requieren. Leach señala que estos “lugares santos” son el puente mediador a través del cual el poder omnipotente de la deidad se pueda canalizar para ayudar a los hombres impotentes, es decir, la zona liminal es el centro de la actividad ritual.⁹

Los pobladores de las áreas rurales de nuestro país celebran sus rituales en diversos sitios hierofánicos o zonas liminales: en terrenos de sembradíos, cementerios, cuevas, cañadas, arroyos, orillas de los ríos, lugares de crecimiento de determinadas plantas, en su propio hogar, etcétera.

En los ritos, los campesinos se dirigen a la tierra siempre con respeto, cuando hacen sus invocaciones lo primero que le piden es perdón por “romperla” para depositar la prometidora semilla; en las ofrendas que le brindan están presen-

⁸ Leonardo López Luján, *Las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlán*, México, INAH, 1993, p. 58.

⁹ Edmund Leach, *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos, una introducción al uso del análisis estructuralista en la antropología social*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 99 y 112.

tes los alimentos que la tierra misma les ha dado y que los agricultores se los regresan elaborados, como un acto de reciprocidad y agradecimiento.

También al poner un nuevo fogón, símbolo del calor y el alimento del hogar, en algunos grupos nahuas se le hace a la tierra la siguiente súplica:

Tú Tierra
aquí te voy a presentar este Fogón:
aquí se va a quedar en su casa,
aquí se va a quedar en su cocina,
para que mañana o pasado nos sustente,
que cueza para nosotros,
que hierva bien para nosotros,...
Ahora te suplico Tierra.
Aquí voy a ponerlo,
aquí voy a enterrar este Fogón.
te suplico un gran favor:
Que no haga frío nunca [que no se apague]
En este Fuego,
Que siempre esté haciendo calor.¹⁰

82 |

La sacralidad de la flora en Mesoamérica

Dentro de la cosmovisión mesoamericana las plantas fueron consideradas más que una especie botánica, también eran concebidas como una manifestación de la energía universal. Los vegetales, al igual que todos los seres que poblaban el mundo, compartían la esencia divina, en ellos se expresaba el orden cósmico y poseían la fuerza de un ser sobrenatural que moraba en su interior.¹¹

En diversas culturas los secretos de la naturaleza se propagan por varias vías, una de ellas es el curandero o sacerdote que surge cuando la

¹⁰ Alessandro Lupo, *La tierra nos escucha. La cosmología de los nahuas a través de las súplicas rituales*, México, Conaculta-INI (Presencias), 1995, pp. 172-173.

¹¹ Carlos Viesca, "La herbolaria en el México prehispánico", en *Estado actual del conocimiento en plantas medicinales mexicanas*, México, IMPELAN, 1976, pp. 14-15.

organización social y la división del trabajo racionalizan y diversifican la actividad humana. Este personaje es el que acumula una serie de conocimientos sobre la naturaleza, el transcurso de las estaciones, el ciclo de las plantas y las propiedades de las mismas; todo lo cual le confiere poder y autoridad ante su pueblo.

El conocimiento que el curandero posee sobre los vegetales que curan o que matan es el resultado de la acumulación —desde los albores de la humanidad— de todas las experiencias realizadas por los sabios o los sacerdotes que tenían que dar respuesta a los fenómenos naturales de la enfermedad y la muerte.¹²

Los curanderos del México antiguo practicaron una medicina íntimamente ligada a la religión; la causa de las enfermedades se atribuía a las fuerzas sobrenaturales. Provocar la ira de los dioses y romper con el equilibrio del cosmos eran los motivos principales de los padecimientos de los pueblos prehispánicos, y en el diagnóstico y el tratamiento de las dolencias intervenían los poderes divinos.

Con la conquista europea se introducen nuevas medidas terapéuticas, entre ellas las de los africanos traídos a nuestro continente. Sin embargo, a pesar de la influencia hispana o la influencia africana, la medicina indígena se ha mantenido viva a través del tiempo hasta llegar al siglo XXI. Un claro ejemplo lo encontramos en la medicina tradicional que se ejerce actualmente en las zonas rurales del Centro de México, en la cual se conservan elementos básicos de la herbolaria tradicional indígena.

Baytelman señala que en el estado de Morelos pudo constatar que las recetas formuladas en los códices y en las crónicas del siglo XVI tienen en la

¹² Bernardo Baytelman, *Acerca de plantas y curanderos. Etnobotánica y antropología médica del estado de Morelos*, México, INAH (Divulgación), 1993, p. 26.

época actual, en lo general, las mismas aplicaciones que en la antigüedad. Independientemente del aspecto mágico, la flora medicinal ha mantenido sus mismos usos. Esto nos demuestra los profundos conocimientos botánicos y terapéuticos de los médicos mesoamericanos y, por lo tanto, el nivel que había alcanzado la medicina prehispánica a la llegada de los españoles.¹³

En el pasado, según el origen de la enfermedad se determinaba su curación. Esto se encontraba profundamente ligado a los dioses y al cosmos; en algunos casos la salud sólo se podía recuperar reparando la ofensa que había provocado el enojo de la deidad, lo cual se lograba mediante un rito propiciatorio en el que el médico fungía como mediador entre los dioses y los hombres. En otras ocasiones se aplicaba a los pacientes tratamientos con hierbas, basados en la observación constante que hicieron los médicos prehispánicos de las propiedades de las plantas y los efectos causados por ellas en el organismo humano.

Los curanderos y las parteras de hoy son los herederos de la valiosa terapéutica mesoamericana. El amplio conocimiento que poseen sobre las propiedades curativas de las abundantes plantas medicinales que crecen en el territorio nacional está estrechamente relacionado con los ritos antiguos, cuya práctica aún sigue vigente.

Ellos son ahora los intermediarios entre los enfermos y Dios, las vírgenes y los santos; en las ceremonias curativas que realizan se encomiendan a sus númenes protectores. Las parteras del estado de Morelos tienen como patrona a la Virgen de Monserrat o Monserrato, cuando trabajan en un parto se dirigen a ella diciéndole: “Virgen de Monserrato ayúdame en este rato”. También como sus antecesores ofrecen prome-

tas y ofrendas a distintos santos para recuperar la salud de sus pacientes.

Una enfermedad sobrenatural que se encuentra muy extendida en nuestro país es la “pérdida de la sombra”, para recobrarla los rituales son más elaborados y el curandero debe realizarlos en el lugar donde sucedió el percance, debe “hablarle” o “gritarle” a “la sombra” y pronunciar determinadas oraciones o conjuros. En algunas zonas rurales los médicos herbolarios realizan sus ceremonias curativas en determinados días, porque en esas fechas “descansan” los espíritus causantes de las enfermedades.

Es necesario mencionar que hay áreas en las que existe una relación evidente entre vegetación, altura y clima y las enfermedades y los mitos con respecto a ellas; en las zonas altas, por los “malos aires” y los “fuertes vientos”, los padecimientos son de origen respiratorio. En los lugares cálidos y secos son las enfermedades gastrointestinales las que ocupan el lugar más destacado.¹⁴

Otro punto importante se refiere a los ritos para cortar las plantas medicinales, en general, y en particular las alucinógenas. Según el tipo de planta, el corte se hace por la mañana “porque los rayos del sol les quitan lo medicinal”; otras las arrancan por la tarde “porque ya han recibido todo el calor y el poder del sol”.

Por ejemplo: en el caso del *ololiuhqui* o semilla de la virgen, planta psicotrópica prehispánica, la recolección de las semillas debe hacerla el curandero o el paciente y una mujer virgen, de preferencia una niña, es quien las prepara moliéndolas en el metate con un ritual especial, acompañado de una compleja plegaria.

El peyote o *peyotl* es un cactus con propiedades alucinógenas, crece en una zona desértica del estado de San Luis Potosí. Los huicholes tie-

¹³ *Ibidem*, p. 265.

¹⁴ *Ibidem*, p. 261.

nen la creencia de que en este lugar moran sus ancestros divinos; le llaman Wirikúta y cada año organizan un viaje a ese sitio sagrado para recolectarlo, ellos le llaman *hikuli* y es representado por un venado gigante, una divinidad, “el hermano mayor”, quien primero aparece en su forma animal y al caminar cada una de sus huellas se convierte en peyote.

La trilogía sagrada huichola está formada por el peyote, el venado y el maíz; cuando preparan la tierra para la siembra, llevan a cabo una cacería de venados y realizan una ceremonia en honor de los tres elementos con el fin de obtener buenas cosechas, abundantes venados-peyotes, mucha salud y prosperidad durante el año.

Reflexiones finales

México es un país pluriétnico y pluricultural; los diversos grupos étnicos que lo habitan son herederos de un rico acervo cultural. Uno de los aspectos más significativos en esta herencia es el conocimiento de las propiedades, el simbolismo y los atributos mágico-religiosos otorgados a la tierra y al reino vegetal desde la época anterior a la conquista española que han sobrevivido hasta nuestros días.

El simbolismo de la Madre Tierra es el modelo cósmico para la mujer, en cuyas entrañas también se gesta la existencia de un nuevo ser que preserva la especie humana; además, a la mujer también se le confiere un prestigio mágico-religioso como descubridora del cultivo de las plantas alimenticias. Para los agricultores mexicanos la fecundidad de la tierra es el eje rector de su existencia, en el útero de la tierra se gesta la vida que da vida: de lo que ella genere depende la sobrevivencia y la salud de los pueblos

Los lugares de culto a las deidades acuáticas, en lo general, siguen siendo los mismos que en la época prehispánica: cimas de los cerros, cue-

vas, cañadas, orillas de los ríos, arroyos, etcétera; los campesinos llevan a cabo largas caminatas para acudir a estos sitios hierofánicos a realizar sus rituales; con plegarias, cantos y ofrendas invocan a los númenes acuáticos para pedirles la lluvia. La presencia de las antiguas deidades de la lluvia y de los santos cristianos se manifiesta claramente, la sutil línea divisoria entre ambos se desvanece ante los ojos y los oídos de los que hemos presenciado estas ceremonias.

Por otra parte, la gran variedad de plantas que crecen en el territorio nacional ha desarrollado abundantes investigaciones; entre las más recientes y de mayor interés está el estudio de las interrelaciones que se establecen entre el hombre y las plantas a través del tiempo y en diferentes ambientes; con este enfoque ha surgido la etnobotánica.¹⁵ Los elementos de estas interrelaciones están determinados por dos factores fundamentales: el medio y la cultura; en ambos se operan cambios y modificaciones por los componentes del ambiente y por las acciones humanas.

Las plantas cultivadas brindan no sólo una gran variedad de alimentos para el consumo humano y animal, también proporcionan a la industria la materia prima necesaria para la elaboración de diversos productos.

Mención especial merecen las plantas, cultivadas y silvestres, que se usan en la medicina tradicional; estos vegetales, entre ellos los alucinógenos, viajaron a través del tiempo y actualmente constituyen el preciado acervo de los curanderos y parteras, quienes, conocedores de sus propiedades curativas y los atributos mágico-religiosos que les confieren, llevan a cabo sus rituales curativos y adivinatorios. En la cosmovisión indígena contemporánea las plantas sagra-

¹⁵ Efraín Hernández Xolocotzi, “El concepto de etnobotánica”, en *Simposio Internacional sobre Etnobotánica en Mesoamérica*, México, Universidad Autónoma Chapingo, 1994, p. 3.

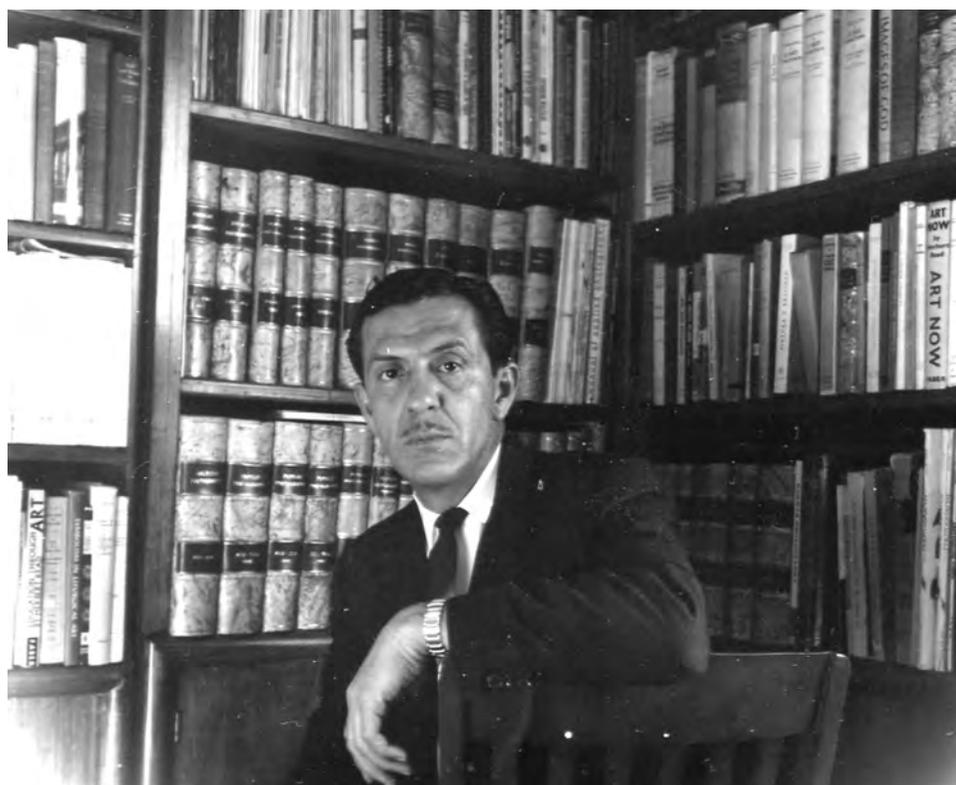
das aún siguen siendo el puente que comunica a los hombres con los seres divinos.

Para concluir, es fundamental destacar que las creencias en torno a la sacralidad de la tierra

y de la flora son un punto de anclaje de la antigua tradición indígena y un elemento básico del núcleo duro de la cosmovisión mesoamericana que ha llegado hasta el siglo XXI.



crv de alpinista en el Iztaccihuatl (1942).



crv en su biblioteca personal.